

Miriam Bertran ■ Pedro Arroyo

editores



La relación entre la nutrición y la antropología es un asunto que si bien está presente desde hace tiempo en el quehacer cotidiano de ambas disciplinas, no acaba de consolidarse en México. Para contribuir a profundizar este diálogo, la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, y el Fondo Nestlé para la Nutrición de la Fundación Mexicana para la Salud organizaron un seminario internacional que convocó a expertos de varios países y a investigadores nacionales. La presente obra contiene las versiones revisadas de las ponencias que ahí se presentaron. Tres de ellas nos ofrecen perspectivas desde España, Estados Unidos y Brasil. Otras, exploran aspectos de la alimentación en contextos interculturales de México o bien abordan temas relacionados con la alimentación en el ámbito urbano y cuestiones aplicativas en las que el enfoque antropológico enriquece las intervenciones.

Todos los trabajos presentados en el seminario *Antropología y nutrición: diálogos hacia una propuesta metodológica*, que aquí ponemos a consideración del lector, tienen la intención de coadyuvar al entendimiento del fenómeno alimentario con el fin de mejorar la alimentación y el bienestar de la población. Creemos que la interacción de la antropología y la nutrición, a través de estudios con rigor metodológico, puede favorecer el logro de este objetivo. Tal es el espíritu de esta obra.

Antropología y nutrición

Antropología y nutrición



FUNDACIÓN MEXICANA PARA LA SALUD
Fondo Nestlé para la Nutrición



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Xochimilco



Casa abierta al tiempo

FUNDACIÓN MEXICANA PARA LA SALUD
Fondo Nestlé para la Nutrición



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Xochimilco



Casa abierta al tiempo

ISBN: 968-5661-47-2



9 789685 661478

Antropología y nutrición

Miriam Bertran ■ Pedro Arroyo

editores

Antropología y nutrición



FUNDACIÓN MEXICANA PARA LA SALUD
Fondo Nestlé para la Nutrición



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Xochimilco



Casa abierta al tiempo

Primera edición, 2006

D.R. © Fundación Mexicana para la Salud, A.C.
Periférico Sur 4809, Col. El Arenal, Tepepan, Tlalpan, 14610 México, D.F.
<http://www.funsalud.org.mx>

ISBN: 968-5661-47-2

Impreso y hecho en México
Made and printed in Mexico

Las opiniones expresadas en este libro son responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente la posición de la Fundación Mexicana para la Salud.

Contenido

Introducción.....	9
Estudios sobre antropología y nutrición en México <i>Pedro Arroyo</i>	13
Globalización y dieta: significados, cultura y consecuencias en la nutrición <i>Ellen Messer</i>	27
Del dicho al hecho: las diferencias entre las normas y las prácticas alimentarias. <i>Jesús Contreras, Mabel Gracia Arnaiz</i>	75
Apuntes acerca de la cultura alimentaria en Brasil <i>Maria Eunice Maciel</i>	117
Percepciones y prácticas alimentarias de un grupo de mujeres en el México rural <i>Sara Elena Pérez Gil</i>	137
Lengua culinaria de dos comunidades mayas rurales de Yucatán <i>Jeanette Pardío, Pedro Arroyo, Rose Lema</i>	157
La aplicación de la antropología de la alimentación en contextos interculturales <i>Luis Alberto Vargas</i>	177

Organización familiar y social y diversidad de la dieta: un estudio etnográfico en el estado de Aguascalientes <i>Mercedes García Cardona, Jeanette Pardío, Pedro Arroyo, Salvador Arana</i>	195
Significados socioculturales de la alimentación en la ciudad de México <i>Miriam Bertran</i>	221
Desigualdad social, alimentación y obesidad en México <i>Luis Ortiz Hernández, Guadalupe Delgado, Ana Hernández</i>	237
Contribución a la comprensión de la alimentación infantil <i>Pilar Torre, Monserrat Salas</i>	257
Autores	277

Introducción

En noviembre de 2004 llevamos a cabo en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Xochimilco, el seminario *Antropología y nutrición: diálogos hacia una propuesta metodológica*. La idea surgió de nuestro interés por las posibilidades de relación entre la nutrición y la antropología social, asunto que hace tiempo está presente en el quehacer cotidiano de ambas disciplinas, pero que no acaba de consolidarse en México. Así, con la participación de la UAM-Xochimilco, en el marco de la Cátedra Dr. Leopoldo Rfo de la Loza, y el apoyo financiero del Fondo Nestlé para la Nutrición, de la Fundación Mexicana para la Salud, nos dimos a la tarea de reunir a una serie de especialistas nacionales y extranjeros con el objetivo de organizar un foro para presentar y discutir nuestros trabajos. En esta obra se reúnen los resultados de este seminario.

La alimentación es un fenómeno complejo determinado por una serie de factores sociales, culturales y económicos, que está presente en la vida cotidiana de todos los individuos en tanto es una necesidad vital. Sin embargo, aun cuando es un imperativo para la reproducción biológica, la satisfacción del hambre se hace de maneras muy diversas según la situación geográfica, las normas y valores asociados a los alimentos, la ocasión, el sexo, la edad, así como la accesibilidad y disponibilidad de alimentos, entre otros factores. Al mismo tiempo, pese a que se trata de una manifestación cultural como cualquier otra actividad humana, posee una particularidad: lo que comemos tiene repercusiones en nuestro organismo. A partir de esta premisa, la idea del seminario fue impulsar la interacción de la nutriología y la antropología social para un mejor entendimiento del fenómeno alimentario contemporáneo.

Para contribuir a lograr nuestros objetivos invitamos a tres reconocidos antropólogos de la alimentación: Ellen Messer, de Estados Unidos de América; María Eunice Maciel, de Brasil, y Jesús Contreras, de España. Le

propusimos a cada uno de ellos que presentara una conferencia magistral y comentara los trabajos que estamos haciendo en México, de manera que el seminario fuera un espacio para la retroalimentación. El público que asistió a esta reunión contribuyó con su interés y sus comentarios a cubrir el objetivo trazado. Al respecto, debemos reconocer que la presencia y la participación de profesionales de ambas disciplinas superaron nuestras expectativas y nos permitieron comprobar que la interacción de la antropología y la nutrición está más viva que nunca. Esperamos haber contribuido a avanzar en este campo.

Los textos que presentamos en este libro son la versión revisada de las ponencias expuestas en el seminario, enriquecidas a partir de los comentarios de los participantes. En el primer capítulo, Pedro Arroyo, coordinador del Fondo Nestlé para la Nutrición de la Fundación Mexicana para la Salud, presenta una breve reseña de los estudios sobre nutrición en México y su relación con la antropología social, y expone los retos que enfrenta la interacción de ambas disciplinas en el panorama epidemiológico actual. Al respecto, señala que analizar los aspectos sociales y culturales de la alimentación puede ayudar a hacer más eficientes los programas para mejorar los hábitos de la población, con lo que se contribuye a la prevención de las enfermedades crónicas.

Los siguientes tres capítulos contienen las conferencias magistrales de los ponentes extranjeros. El primero es una amplia reflexión de Ellen Messer sobre la mejor forma de abordar el impacto de la globalización en la dieta. Su documento resultará de gran utilidad para todos los interesados en este tema de indudable actualidad porque hace un repaso sobre las modalidades de estudio de este fenómeno y propone una serie de aspectos que se deberían considerar en los futuros estudios, como la seguridad alimentaria a escala global, el desarrollo de formas novedosas de producción y distribución de alimentos, y la manera como los cambios alimentarios consiguientes influyen en el estado nutricional de la población. La autora considera que los estudios de antropología de la alimentación deberían ser una prioridad nacional por las implicaciones que pueden tener en las políticas de alimentación, salud y bienestar. Su contribución tiene especial relevancia por el conocimiento que tiene Ellen Messer sobre la realidad mexicana, pues en varias ocasiones ha realizado trabajo de campo en el país.

Enseguida, Jesús Contreras y Mabel Gracia, de la Universidad de Barcelona, presentan los resultados de un amplio estudio acerca de la conducta alimentaria en España. Se trata de una investigación sobre lo que piensan las personas con respecto a la alimentación y lo que realmente hacen en función de sus propias circunstancias. Es interesante analizar las expresiones de la población entrevistada, que manifiesta claramente el conocimiento de las normas alimentarias difundidas por los servicios de salud y, a la vez, las razones por las cuales no las puede llevar a cabo. Contreras señala que en la población española se observa un *décalage* o desplazamiento de fases, es decir, que no hay correspondencia entre lo que la gente piensa que debe comer y lo que realmente come.

A su vez, María Eunice Maciel muestra en su capítulo un panorama de la alimentación en Brasil a partir de su consideración como un elemento de identidad de los brasileños, tanto en la realidad como en los estereotipos. Así la autora hace un paralelismo entre la gastronomía y el mito fundador de las tres razas –indígena, portuguesa y negra– para explicar el papel de la comida en la sociedad brasileña como elemento perpetuador del mito. El texto de Maciel es muy interesante para quienes estudiamos la alimentación en México, ya que evidencia una situación alimentaria similar a la nuestra: estratificación, hambre, desnutrición y obesidad, cambios alimentarios rápidos, que al igual que en nuestro país generan al mismo tiempo diversificación y homogeneidad en las formas de comer.

Posteriormente se incluyen los trabajos presentados por los investigadores nacionales. Aunque en ellos se observa una diversidad de temas y enfoques, todos van en una misma dirección: tratar de explicar la alimentación actual a través de metodologías distintas a las empleadas clásicamente en los estudios nutrimentales. Así, Sara Elena Pérez Gil presenta las percepciones que tiene sobre la alimentación un grupo de mujeres de zonas rurales de México. Jeanette Pardío y sus colaboradores hacen una exploración acerca del cambio alimentario en Yucatán a través del análisis semiológico de las recetas de cocina. Luis Alberto Vargas expone los resultados y experiencias de la aplicación de la antropología de la alimentación en contextos interculturales, concretamente en la operación de servicios de salud para zonas indígenas, una de cuyas partes importantes es la comida dentro de los hospitales. Por su parte, Mercedes García y su grupo de colaboradores

dan a conocer los resultados de una investigación etnográfica sobre la alimentación en grupos domésticos rurales y urbanos de Aguascalientes; el objetivo del trabajo fue conocer el grado de eficiencia de las familias en la resolución de sus necesidades nutricias según el momento del ciclo de desarrollo en el que se encontraban.

Los artículos de Miriam Bertran y del equipo encabezado por Luis Ortiz están dedicados al análisis de la alimentación en la ciudad de México. En el caso de Bertran, se trata de una exploración sobre los significados y valores atribuidos a los alimentos que guían la selección de la comida en tres sectores sociales; Ortiz, por su parte, analiza las desigualdades sociales en la ciudad que impiden a los estratos más bajos adoptar hábitos alimentarios y de actividad física saludables. Por último, Pilar Torre y Monserrat Salas nos proponen una metodología para el estudio de la alimentación infantil, en particular la lactancia materna, a partir de considerarla un fenómeno sociocultural complejo enmarcado en relaciones de género y significados culturales.

Todos los trabajos presentados en el seminario *Antropología y nutrición: diálogos hacia una propuesta metodológica*, que aquí ponemos a consideración del lector, tienen la intención de contribuir al entendimiento del fenómeno alimentario con el fin último de mejorar la alimentación y el bienestar de la población. Creemos que la interacción de la antropología y la nutrición, a través de estudios con rigor metodológico, puede ayudar a este objetivo. Tal fue el espíritu de este seminario y es, también, el que nos lleva hoy a presentar este libro.

Miriam Bertran ■ Pedro Arroyo

Estudios sobre antropología y nutrición en México

Introducción

La nutrición y la alimentación de la población de México han sido temas de estudio desde los años treinta del siglo xx. Hasta donde tenemos noticia, la primera publicación sobre una encuesta de nutrición en una comunidad rural fue la realizada en Pisté, Yucatán, por la Institución Carnegie de Washington, en los años 1932, 1934 y 1935 (Benedict y Steggerda 1936). Estos estudios pioneros reflejan la curiosidad de arqueólogos e investigadores estadounidenses acerca de las condiciones de vida de comunidades indígenas muy pobres de México, y documentan también el reducido valor nutritivo de la dieta de estas poblaciones.

El inicio del estudio de la alimentación como fenómeno cultural se puede ubicar en la década de los cuarenta, cuando Gamio (1987) introdujo el término *dieta indígena*. Esta categoría ha tenido una influencia decisiva en el desarrollo de las ideas sobre alimentación en México. Por una parte, tal influencia ha sido positiva, al atribuirle un papel en la construcción de una identidad nacional, pero también tiene un aspecto negativo, al connotar escasez, poca diversidad y deficiencias nutricias. En su libro sobre cambio alimentario e identidad de los indígenas mexicanos, Bertran (2005) refiere una serie de trabajos sobre la alimentación en comunidades campesinas indígenas publicados en *América Indígena*. Esta línea de investigaciones antropológicas, poco conocida por los nutriólogos y olvidada en nuestros días, merece ser revisada a la luz de conceptos y conocimientos actuales.

En el medio siglo transcurrido desde entonces, los enfoques, el interés y la profundidad de los estudios culturales sobre la alimentación en México han variado de acuerdo con la visión dominante, modulada fuertemente por las prioridades políticas de las diferentes administraciones gubernamentales. La necesidad de entender las raíces de la conducta alimentaria de las poblaciones para inducir cambios en ellas, consistentes con el conocimiento científico de los riesgos para la salud, hace necesario volver la mirada a las ciencias sociales, en especial a la antropología. En este trabajo nos proponemos hacer un breve recorrido por los estudios de nutrición realizados en México en los últimos 50 años, en especial aquéllos enfocados en los aspectos sociales y culturales del fenómeno alimentario, para así ubicar en el contexto nacional los trabajos que conforman este libro.

Los pasos iniciales

La primera institución dedicada formalmente al estudio de la nutrición fue el Instituto de Nutriología, fundado en 1944 por el doctor Francisco de Paula Miranda como una dependencia de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Su objetivo fue estudiar la alimentación y la nutrición de la población de México (Arroyo 1994). El Instituto se dio a la tarea de levantar el inventario de los alimentos mexicanos junto con la descripción detallada de sus propiedades químicas y de su valor nutrimental. En este proyecto participaron investigadores como René Cravioto, Guillermo Massieu y Jesús Guzmán, entre otros. El Instituto realizó además una encuesta sobre nutrición en una comunidad otomí del Valle del Mezquital en el estado de Hidalgo, en colaboración con la División de Salud Internacional de la Fundación Rockefeller y con la Secretaría de Salubridad y Asistencia (Anderson *et al.* 1946).

El Instituto de Nutriología siguió con sus programas hasta 1958, año en el que fue fusionado con el Hospital de Enfermedades de la Nutrición para crear el Instituto Nacional de Nutrición. El Hospital, fundado en 1946, tuvo como objetivos la atención médica de adultos, la enseñanza y la investigación, como su nombre lo indica, de enfermedades relacionadas con la nutrición (Zubirán 1998a). En su organización se privilegió el interés por las patologías de la nutrición del individuo adulto, derivadas de trastornos de diversas funciones, como las gastroenterológicas, hematológicas y endocrinológicas.

Sin embargo, si se revisan los documentos fundacionales redactados por el maestro Salvador Zubirán, se encuentra el interés explícito por los problemas de nutrición de la población, enraizados en su problemática económica y social. El actual Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán sigue siendo congruente con la visión inicial de su fundador. Sus aportaciones en la investigación de problemas clínicos, incluida la desnutrición del sujeto adulto, han sido notables.

La muerte del doctor Francisco de Paula Miranda y el cierre del Instituto de Nutriología determinaron que el concepto y la función de la nutrición en la salud pública pasaran al Hospital de Enfermedades de la Nutrición, que se transformó en un instituto nacional (Zubirán 1998b). Esta fusión fue exitosa y fructífera debido por lo menos a dos factores: el primero fue el talento del doctor Zubirán, quien pudo aquilatar la importancia de la nutrición de la población en general, y no sólo la infantil, para su propio desarrollo y el del país, así como el valor político y estratégico de este campo como motor del fortalecimiento de la institución.

El segundo factor fue la vinculación de este proyecto con la corriente que dio lugar a varios de los institutos nacionales de nutrición en América. Esta política surgió de las experiencias vividas durante la segunda Guerra Mundial, que obligaron a los países combatientes a establecer programas de racionamiento de alimentos y que influyeron para que se estudiaran los hábitos de alimentación de las poblaciones. A todo esto se sumó la necesidad de asegurar la capacidad óptima de los combatientes mediante una nutrición adecuada. En tiempos de paz, estas iniciativas se volvieron hacia la población civil y fue el Instituto de Nutrición de Centroamérica y Panamá el que tuvo el mayor desarrollo y un papel protagónico, bajo la dirección de su fundador, el doctor Nevin Scrimshaw.

Siguiendo este modelo, en el naciente Instituto de México se implementó un programa de formación de investigadores en nutrición en salud pública, quienes fueron reclutados entre los médicos en formación del propio instituto. En este proyecto participaron instituciones del Sistema de Naciones Unidas, como la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación y el Fondo de Naciones Unidas para la Infancia, así como la propia Secretaría de Salubridad y Asistencia de la época.

Los investigadores ya formados, encabezados por el doctor Adolfo Chávez, iniciaron el estudio del estado de nutrición de la población mexicana (Arroyo 1994, "La entrevista: Dr. Salvador Zubirán" 1981). Entre 1957 y 1969, el Instituto Nacional de Nutrición llevó a cabo 35 encuestas nutricionales, la mayor parte de ellas en zonas rurales, y en menor número en barrios de la ciudad de México habitados por obreros, que se detallan en un libro elaborado por el doctor Adolfo Chávez (1965). A esta publicación siguió otra con los resultados de las encuestas realizadas de 1963 a 1974 (Pérez-Hidalgo *et al.* 1976). La metodología aplicada consistió en el estudio de una muestra de familias residentes en comunidades de menos de 2 500 habitantes, a cuyos miembros se les aplicaba una encuesta de registro de alimentos consumidos durante tres días, con énfasis en la alimentación del niño preescolar, a quien se medía, pesaba y revisaba clínicamente. El peso y la estatura eran comparados con estándares para la edad y el sexo.

Estas investigaciones epidemiológicas incorporaron una visión interdisciplinaria. Es probable que en Yucatán haya sido el sitio donde los estudios de campo del Instituto alcanzaron mayor solidez. En ese estado del sureste se estableció una unidad rural de estudios sobre deficiencia de niacina, desnutrición proteínica, diabetes y anemia por deficiencia de hierro (Chávez y Pimentel 1963, Chávez *et al.* 1963). Al equipo de nutriólogos se incorporó el antropólogo Guillermo Bonfil, quien relacionó la pobreza de la dieta con la desigualdad social de las comunidades rurales (Bonfil 1962).

Esta concepción economicista tuvo una fuerte influencia en el pensamiento antropológico aplicado al estudio de la alimentación y la nutrición, y fue sustento para el diseño de las estrategias que se aplicaron durante los años sesenta y setenta en la búsqueda de soluciones a los problemas de la población rural (Chávez y Zubirán 1965). Esta influencia se observa en una publicación que sistematiza los resultados de las encuestas realizadas por el Instituto Nacional de Nutrición durante 15 años, donde Ramírez Hernández, Arroyo y Chávez (Ramírez *et al.* 1971) aplicaron las categorías de *dieta indígena* y *dieta mestiza* para explicar las diferencias de niveles de consumo de nutrimentos encontradas en la población estudiada. La dieta indígena fue calificada como monótona debido a que de 60 a 80% de su energía provenía del maíz y sólo pequeñas cantidades tenían como fuente al frijol y otras leguminosas. Más que de monotonía, término que sugiere

aburrimiento, de lo que se hablaba era de la escasa diversidad de la alimentación rural. Ahí se afirmó:

En el medio rural, seguramente por sus características de más aislamiento, menores recursos económicos y mayor persistencia de la cultura tradicional, tanto en sus hábitos de cultivo, como almacenamiento, procesamiento y consumo de alimentos, se encuentra con más constancia la dieta indígena. En el medio urbano, por el contrario, hay una mayor tendencia a la occidentalización y por lo tanto a la diversificación dietética (Ramírez *et al.* 1971: 683).

Si bien el texto no especifica qué se entiende por *cultura tradicional*, queda claro que se trata de algo negativo, cuando menos en lo que se refiere a la alimentación. Según esta concepción, en la medida en que la población rural se “urbaniza” y se hace más “mestiza”, su dieta mejora, ya que se diversifica e incorpora cantidades crecientes de carne, leche, huevos, verduras y frutas.

En consonancia con estas ideas, Ramírez Hernández y sus colaboradores (Ramírez *et al.* 1971) propusieron una política nacional de nutrición que privilegiaba la planeación estatal central, dejaba el eje de acción en la política económica de producción y distribución de alimentos, y otorgaba mayor prioridad a los problemas de la población rural. Otra estrategia de lucha contra la desnutrición infantil rural que se sugirió fue la difusión masiva de información para “preparar los alimentos, distribuir el presupuesto familiar en forma eficiente y desterrar prejuicios y hábitos nocivos”. En esa época se pensaba que los problemas de alimentación y nutrición de la población urbana no eran tan importantes, puesto que consumía una alimentación más equilibrada y habida cuenta de que en las ciudades estaba asegurada una mayor disponibilidad de alimentos.

Un programa de investigaciones en nutrición que tuvo una gran influencia en México fue el que se abocó al estudio del niño desnutrido, puesto en marcha por el doctor Federico Gómez en el Hospital Infantil de México, institución fundada en 1944. Este programa fue el primero en establecer una línea de investigaciones de largo plazo con enfoque multi e interdisciplinario, coherente con la visión mundial dominante sobre la nutrición y sus relaciones con la salud. En este punto de vista, el problema de salud más importante

era la desnutrición energético-proteínica en la infancia, prevalente entre los pobladores de las comunidades rurales, condicionada por el sinergismo de las infecciones gastrointestinales y expresada en sus efectos negativos sobre el crecimiento y el desarrollo del individuo. Se trataba de un problema endémico determinado por las condiciones de vida de las poblaciones rurales (Cravioto 1958). La preocupación explícita en muchas de las publicaciones e implícita en varios de los temas de investigación era la probabilidad de que los sobrevivientes de la desnutrición no llegaran a expresar todo su potencial humano en la vida adulta.

Las contribuciones científicas del grupo de investigadores del Hospital Infantil fueron notables y alcanzaron resonancia internacional. En esta breve reseña conviene detenerse en dos aspectos: si bien su línea inicial fue la investigación clínica, pronto surgieron proyectos para analizar los factores económicos, sociales y culturales de la desnutrición; entre ellos, el programa de estudios rurales de Tlaltizapán, estado de Morelos, que permitió ampliar el marco de referencia de las investigaciones clínicas y proponer interrogantes, como el papel de la organización económica de la familia rural, el de los roles femeninos relacionados con el cuidado de los hijos y la adquisición, por parte de éstos, de adecuados hábitos de alimentación. Otro aspecto que despertó el interés de este grupo de investigación fue la propuesta de traducir los resultados de las investigaciones en programas de acción para organizar los esfuerzos del Estado en la erradicación de la desnutrición, en la rehabilitación y, eventualmente, en su prevención. Varias de las publicaciones dejaron constancia de estas iniciativas, en las cuales se percibe claridad en la aplicación de conceptos de las ciencias sociales y administrativas.

Los estudios de la época relacionaron este problema con las crisis de alimentación del niño durante el destete temprano y la ablactación tardía. Desde el ángulo social, las líneas de investigación analizaron la relación de la desnutrición con la pobreza rural. Con respecto al comportamiento, el interés se centró en el estudio de los patrones de maternaje, en especial la alimentación al seno y el destete. Estos estudios fundamentaron programas que promovieron, entre otros aspectos, el desarrollo de las comunidades rurales y el subsidio de alimentos (Ramos-Galván y Cravioto 1958). Se fomentaron intervenciones para promover la lactancia materna, así como una ablactación y un destete más eficientes (Barquera *et al.* 2001). Sin embargo, los

estudios publicados no profundizaron lo suficiente en el conocimiento de los factores culturales que determinan los patrones de alimentación infantil de las familias rurales.

De la revisión somera de los estudios sobre alimentación y nutrición hechos hasta fines de la década de los setenta se desprende que las concepciones sobre los procesos biológicos y los factores económicos fueron las temáticas dominantes, con algunas excepciones; entre ellas, los estudios sobre hábitos de alimentación infantil y los efectos del ambiente familiar sobre la incidencia de desnutrición en el niño (Cravioto *et al.* 1967, Sanjur *et al.* 1970).

Antropología y alimentación desde los años ochenta

En su tesis de maestría, Miriam Bertran (2001) hace una revisión de las corrientes antropológicas que están en la raíz de las concepciones de la época, entre las que destaca la idea de Gamio sobre la naturaleza *indígena* de la dieta de comunidades rurales pequeñas, que atribuía su debilidad al consumo casi exclusivo de maíz y chile y, en menor medida, de frijol (Gamio 1987). Siguiendo a Bertran en su revisión de la literatura mexicana sobre antropología, en los años ochenta del siglo pasado destacaron las contribuciones de Gonzalo Aguirre Beltrán, quien propuso el concepto de *aculturación* y la defensa de las culturas autóctonas asentadas en las llamadas zonas de refugio, revalorando la cultura indígena, incluida la alimentaria, sin llegar a precisar claramente su significado. Ya desde esa época y a partir de una posición nacionalista, Aguirre Beltrán expresó su preocupación por los efectos de la cultura estadounidense en la alimentación de los mexicanos y sus posibles repercusiones negativas.

En años posteriores encontramos contribuciones más o menos aisladas de autores como Adler y Lomnitz, Bascuñan, Valle, Nolasco, Bueno, Vargas y Casillas, Garine y Peltó (Bertran 2001) en relación con diferentes aspectos sociales y culturales de la alimentación. De esta breve revisión podemos concluir que los estudios culturales acerca de la alimentación en México han sido menos numerosos en comparación con las investigaciones sobre la epidemiología descriptiva y los factores socioeconómicos determinantes de los patrones de alimentación.

Panorama epidemiológico de la nutrición en México

Para ubicar mejor los retos y prioridades de investigación de la antropología de la alimentación en el México actual resulta útil hacer una descripción somera del panorama epidemiológico nacional. En la última generación de mexicanos ha disminuido la morbimortalidad por enfermedades infecciosas gastrointestinales y respiratorias de la población, en especial de la infantil, en tanto que la mortalidad por enfermedades crónicas relacionadas con la nutrición se ha incrementado, al grado que estas patologías configuran una verdadera epidemia. La gráfica 1 muestra la tendencia decreciente de la mortalidad infantil en nuestro país en un periodo de 50 años, de 1950 a 2000. El descenso observado coincide con la disminución de la desnutrición energético-proteínica que, asociada a las infecciones, causaba la mayoría de estos decesos.

En el otro extremo de la mortalidad se encuentran la diabetes mellitus y la enfermedad isquémica del corazón, que fueron las dos primeras causas de fallecimientos de la población adulta en el periodo 2000-2003. Estos padecimientos, junto con las dislipidemias y la hipertensión, son las principales comorbilidades de la obesidad, enfermedad de la nutrición que ha alcanzado proporciones epidémicas en México (Conapo 2003 y 2004). Así, de ser un país predominantemente rural, con tasas elevadas de desnutrición, México pasó a ser uno con problemas de salud derivados de excesos en la alimentación. Esto no significa que la desnutrición, como problema epidemiológico, haya desaparecido, ya que persiste en zonas geográficas circunscritas con poblaciones en pobreza extrema (Rivera Dommarco *et al.* 2001).

La explicación más citada de este cambio apela a las llamadas transiciones epidemiológica y nutricional que ocurren en la mayoría de los países en desarrollo, incluido México (Frenk *et al.* 1991, José y Borgaro 1989). Dicho de manera sintética, la transición epidemiológica es el cambio observado en la estructura de la población por la disminución de la mortalidad infantil, que resulta en el aumento de la esperanza de vida al nacimiento, aunado a un progresivo incremento de la proporción de adultos y de viejos. En este segmento de la población tienen una incidencia elevada las enfermedades crónicas y degenerativas, como el cáncer. Aunados a estos cambios demográficos, han ocurrido otros dos fenómenos: la redistribución espacial de